

Entrevista con Sandra Bem

*Concha Aguiñiga
Julia Sebastián*

La figura de Sandra Bem empezó a ser conocida a partir de la publicación y difusión del BSRI (Bem Sex Role Inventory).

Tanto su trayectoria científica como humana se encuentran bajo el mismo denominador común: la lucha por unas relaciones más igualitarias entre los dos sexos.

Esta motivación es precisamente la que impulsó a la autora a dar un sentido psicológico real al constructo de androginia, y a intentar establecer un nuevo modelo de salud mental.

A lo largo de esta entrevista, realizada por Concha Aguiñiga y Julia Sebastián, se intenta dar al lector una visión comprehensiva de la evolución profesional y personal de Bem, haciendo un repaso de las cuestiones más interesantes de la etapa de estudios sobre androginia (1974-1979) y de su actual enfoque cognitivo.

P.—La primera pregunta es obligada para conocer más a Sandra Bem. Nos gustaría que nos hablaras sobre tu formación y tu trayectoria científica, así como de las motivaciones que han guiado tu trabajo.

*R.—*Conseguí mi título de Psicología en la Universidad de Carnegie-Mellon, y mi doctorado en Psicología Evolutiva en la Universidad de Michigan. Mi formación profesional no estuvo en ningún momento relacionada con la mujer, el género o los roles sexuales; de hecho mi tesis doctoral trató sobre la resolución de problemas entre los niños de preescolar. Posteriormente, entré a formar parte del departamento de Psicología en la Universidad de Carnegie-Mellon (en donde ya trabajaba mi esposo Daryl). En 1970, nos trasladamos a la facultad de Psicología de la Universidad de Stanford, y en 1978 comenzamos a trabajar en la facultad de Psicología de Cornell en donde fui la Directora del Programa de Estudios sobre la Mujer durante siete años.

Tras conseguir mi graduación tuve una pequeña crisis profesional ya que no me sentía suficientemente interesada por la investigación, aunque seguía dedicándome a ella, y no sabía bien qué hacer en su lugar. Por aquel entonces (1967-1970), mi marido y yo, comprometidos con la lucha feminista en favor de unas relaciones igualitarias, solíamos viajar dando conferencias sobre cómo los roles sexuales tradicionales habían estado limitando la autorrealización del hombre y de la mujer y cómo una concepción más liberal, sobre los roles sexuales, sería más deseable. Me sentía un poco incómoda al dar estas conferencias ya que no tenía una preparación formal sobre el género y, lo que es más importante, no disponíamos de datos que apoyasen nuestras afirmaciones sobre que unos roles sexuales más igualitarios serían mejores que los roles sexuales tradicionales. Al llegar a este punto, de repente, tuve la brillante idea de poder combinar mis intereses personales, profesionales e intelectuales (y terminar con mi crisis profesional) haciendo investigación sobre los roles sexuales.

Tras una revisión de la literatura psicológica relacionada con el género, descubrí la existencia de un amplio número de investigaciones en donde se cuestionaba si el trabajo de la mujer dificultaba la masculinidad en el niño, si

la ausencia del padre del hogar dificultaba la masculinidad en el niño, si la «competencia entre el padre y la madre» en las decisiones de poder dificultaba la masculinidad en el hijo (como puede observarse mientras que en todas se hace referencia a los hijos varones, pocos psicólogos se interesaban por las hijas). Pero, para mi desaliento, ninguna investigación (exceptuando el bonito estudio longitudinal de Paul Mussen en Berkely) hacía referencia a la *importancia* de ser masculino o femenino. ¿Se funcionaría mejor siendo tipificados según el sexo, en un sentido tradicional, o no siéndolo? La investigación de Mussen sobre los hombres sugería que los hombres tradicionales podían realmente ser peores. Esto me pareció tan interesante, que decidí llevar a cabo una investigación empírica sobre este tema.

En ese momento, por supuesto, no existía ningún concepto en la literatura sobre la androginia psicológica, ni tan siquiera había pruebas de que existiesen personas andróginas. Me puse como primera meta el demostrar que era posible ser algo distinto a masculino y femenino, por ejemplo, andrógino. Y como segunda meta, me propuse demostrar, si era posible que los individuos andróginos fuesen «mejores», en algunos aspectos, que los tradicionalmente considerados como sexualmente tipificados. Mi pensamiento era el siguiente: para poder funcionar efectivamente en una sociedad compleja, un individuo tiene que ser capaz de conseguir metas y relacionarse bien con los demás. En otras palabras, un individuo tiene que ser tanto «agentic» como «comunal» (de acuerdo con la terminología de Bakan), instrumental y expresivo (de acuerdo con la terminología de Talcott Parsons). Pero dado que estos dominios son estereotípicamente considerados como masculinos y femeninos respectivamente, los hombres tradicionales aprenden únicamente a funcionar en el dominio instrumental de la misma forma que las mujeres tradicionales funcionan bien, tan sólo, en el dominio expresivo. Sin embargo, y de acuerdo con mis hipótesis, los individuos andróginos no estarían tan limitados, pudiendo ser tanto «agentic» como «comunal», expresivos e instrumentales, masculinos y femeninos, y en este sentido serían mejores que los tipificados sexualmente.

Naturalmente, para poder examinar esta hipótesis, necesitaba una medida que permitiese encontrar individuos andróginos. Por el momento no disponíamos de dicho instrumento; por lo tanto, desarrollé el Inventario del Rol Sexual de Bem, al que van dirigidas muchas de vuestras preguntas.

P.—*El inventario desarrollado por ti (BSRI, Bem Sex Role Inventory) para la clasificación de los sujetos según su rol sexual, fue elaborado en 1974. ¿Crees que algunas de las características recogidas entonces deben ser revisadas ya que pueden haber perdido vigencia? Es decir, ¿el contexto social ha variado suficientemente como para pensar que algunas de las características atribuibles a masculinidad y feminidad, sobre todo a esta última, han dejado de ser relevantes?*

R.—Creo que es posible que algunos de los items del BRSI no deberían ya ser considerados como estereotípicamente masculinos o femeninos, pero no creo que éste sea el problema principal. Para comprender por qué, hay que distinguir entre lo que una persona define como masculino y femenino y lo que una persona piensa acerca de lo que la cultura define como masculino o femenino. También hay que reconocer que esto, en relación al BSRI, es algo secundario.

El BSRI contiene items que culturalmente, y en líneas generales, son considerados como masculinos o femeninos, y las concepciones culturales no cambian tan rápidamente como lo hacen las individuales. La razón para utilizar concepciones culturales en la construcción del BSRI, se debe a que estas ideas sobre masculinidad y feminidad son, en mi opinión, las que utilizan los indi-

viduos tipificados sexualmente como normas de comportamiento. Aunque algunos individuos puedan haber cambiado sus ideas sobre lo que es masculinidad y feminidad, desde que se desarrolló el BSRI, no creo que las concepciones culturales sobre lo que es deseable para el hombre y para la mujer hayan cambiado mucho.

Realmente tenemos pruebas de ello. A finales de los setenta, Walkup y Abbott evaluaron la deseabilidad de los ítems del BSRI y todos seguían siendo considerados culturalmente como estereotípicamente masculinos y femeninos.

P.—Algunas de las críticas que se han realizado al BSRI se han referido a la diferente deseabilidad social de los ítems de la escala femenina. Esta cuestión es, a nuestro entender, una de las más importantes metodológicamente, ya que puede estar influyendo en la mayor correlación de la escala Masculina con la autoestima u otra serie de variables. ¿Cuál es tu opinión en lo que se refiere a este punto?

R.—Esta pregunta hace referencia a dos cuestiones diferentes: si la deseabilidad de los ítems masculinos y femeninos es la misma, y por qué se correlacionan la masculinidad y la autoestima.

Respecto a la pregunta sobre la deseabilidad social resulta interesante observar que, aunque la mayor parte de los estudios encuentran que los ítems masculinos son más deseables socialmente que los femeninos (cuando no se especifica el sexo de la persona), mis datos en realidad demuestran que los ítems femeninos son más deseables para la mujer que los masculinos para el hombre. Creo que lo que puede estar ocurriendo es que, cuando no se especifica el sexo de la persona en cuestión, los sujetos se imaginan un hombre y naturalmente valoran más los ítems masculinos. Lo que de hecho se puede observar en los datos que yo he obtenido es que, por término medio, los ítems masculinos son tan deseables como los femeninos. Sin embargo, la varianza de los ítems femeninos es desafortunadamente algo más alta. Esto se debe a que no pude encontrar ítems masculinos con una deseabilidad social tan alta como la de algunos ítems femeninos; en consecuencia tuve que añadir algunos ítems femeninos con una deseabilidad social algo menor en base a equilibrar las medias de ambos.

En relación a la pregunta sobre masculinidad y autoestima, lo que yo creo es que existe un solapamiento entre los ítems de la escala de masculinidad y los de las escalas de autoestima. Ahora bien, de lo que no estoy segura en absoluto es que esta correlación sea un fenómeno real. Es decir, no estoy completamente convencida de que los individuos masculinos tengan una autoestima superior a la de otros individuos. Creo que lo que sucede es que los ítems de ambas escalas se asemejan tanto que se está midiendo lo mismo bajo distinta denominación.

P.—Otra de las cuestiones que más curiosidad nos produce en la elaboración del BSRI es el hecho de que en la clasificación de los ítems masculinos y femeninos, a los jueces se les pidiese que evaluaran aquellos atributos de personalidad que caracterizaban bien a un hombre o bien a una mujer, pero a ningún juez se le pidió que evaluase ambos. ¿Cuáles son las razones que guiaron este procedimiento?

R.—No estoy completamente segura de lo que queréis decir. Si me preguntáis por qué ninguno de los jueces tuvo que evaluar ambos tipos de características, la respuesta es que de esa forma tratábamos de evitar que un único juez pudiese manipular o confundir los datos al tratar de diferenciar o igualar al hombre y a la mujer.

A propósito, vuestra pregunta afirma que los jueces evaluaron «la deseabilidad de todas las características de personalidad...». Esto no es del todo pre-

ciso. Ellos evaluaron la deseabilidad de tales características en relación con la *sociedad americana*, y se les dijo explícitamente que no nos interesaban sus opiniones personales. Obviamente, eso es especialmente relevante ya que, tal y como dije anteriormente, el BSRI se basó en las concepciones culturales y no en las individuales.

P.—*Después del boom que supusieron los planteamientos sobre la androginia como un nuevo modelo de salud mental y eficacia personal, hacia finales de la década de los setenta, ¿qué importancia das actualmente a la androginia?, ¿sigue siendo el rol ideal?*

R.—Me siento muy satisfecha y muy gratificada por el interés que han demostrado los psicólogos en cuanto al concepto de androginia. Y comparándolo con los roles tradicionales, creo que la androginia es algo estupendo. Después de todo, amplía el rango de posibles alternativas tanto para el hombre como para la mujer y nos libera de las ideas tradicionales sobre masculinidad y feminidad.

Pero también nos encontramos con algunos problemas. En primer lugar, al decir que todos deberíamos ser tanto masculinos como femeninos, lo que se hace es reemplazar una normativa específica del rol sexual por otra, y puesto que me considero francamente liberal no me siento bien prescribiendo cualquier tipo de personalidad «ideal» para todos los individuos. Además, potencialmente al individuo se le ofrecen dos cosas en lugar de una y esto es algo que le puede hacerse sentir aún más inadecuado y esto me preocupa.

Sin embargo, mi verdadero interés por el concepto de androginia se debe a que ésta presupone la existencia en el mundo de algo real llamado masculinidad y feminidad y que el individuo debería poseer algo de ambas. Como indicaré más tarde, yo no veo así a la masculinidad y a la feminidad, y, en consecuencia, me he alejado algo del concepto de androginia. A pesar de esto, me sigue gustando la moral que encierra la androginia al estar ésta implicando que el comportamiento no debería tener género; que deberíamos ser libres de hacer y ser como quisiéramos, sin tener en cuenta nuestro sexo. Este mensaje —que ha sido y continúa siendo el supuesto subyacente al concepto de androginia— es tan importante y valioso para mí hoy como lo fue cuando empecé mi investigación sobre la androginia en 1970.

P.—*En tu trayectoria profesional pueden contemplarse dos períodos distintos. En el primero de ellos (1974-1979) los individuos andróginos eran el centro de interés, y a partir de 1979 los sujetos tipificados sexualmente se convierten en el blanco de tu teoría sobre el esquema cognitivo del género. ¿Cuáles han sido las razones de este cambio?*

R.—Tenéis mucha razón. Mi trabajo teórico y empírico está dividido en dos fases. La primera, a la que acabo de referirme, se centraba en las consecuencias comportamentales de la tipificación sexual y de la androginia. Su principal objetivo, como ya he indicado, consistió en descubrir la existencia de las personas andróginas y a su vez sugerir que este tipo de individuos estaban menos limitados comportamentalmente que los tipificados sexualmente.

La segunda fase ya no se dirigió al estudio de la androginia, sino a aquellos procesos cognitivos que mediatizan la tipificación sexual. Tuve muchas razones para tomar esa decisión y centrarme en el estudio del procesamiento cognitivo (y no en el comportamiento) de las personas tipificadas sexualmente (y no de las andróginas). Deseaba comprender cómo y por qué estas personas se comportaban así; por este motivo me pareció que lo que realmente exigía una explicación era el comportamiento de los sujetos tipificados sexualmente ya que restringen sus comportamientos a los apropiados dependiendo del sexo. En aquel momento, el trabajo de Mischel sobre personalidad me influyó profundamente. Como sabréis, Mischel argüía que la inconsis-

tencia trans-situacional es más una norma que una excepción y que el comportamiento simplemente varía de una situación a otra en respuesta a las consistencias situacionales, o lo que es lo mismo, para Mischel esta inconsistencia (que representa la androginia) es lo que debe ser esperado y la consistencia (que representa a los individuos tipificados sexualmente) es la que requiere una explicación. Naturalmente este razonamiento conduce, tal y como creo podéis observar, a centrarnos en lo que les pasa por la cabeza a los individuos tipificados sexualmente.

Yo hipoteticé que los individuos tipificados sexualmente son esquemáticos en relación al género, es decir, ellos han desarrollado una disposición para procesar la información —incluida la información sobre el *self*— en términos de género, incluso cuando otras dimensiones pueden ser utilizadas igualmente. Exponiéndolo de forma diferente, ellos observan el mundo a través de unas lentes coloreadas con el género, imponen a la realidad un sistema de clasificación basado en el género, utilizan el género como un principio de organización cognitiva, un sistema conceptual, unas lentes de interpretación. Se asume, como un aspecto de ser esquemático del género, que los individuos tipificados sexualmente evalúan los comportamientos y atributos en términos de masculinidad y feminidad rechazando todo lo que la cultura define como inadecuado para su sexo.

A propósito, todo mi trabajo relacionado con la androginia y con la teoría del esquema del género se encuentra resumido en un artículo que escribí para el Simposium sobre Motivación que tuvo lugar en Nebraska en 1984. El artículo se titula «La androginia y la teoría del esquema del género: una integración conceptual y empírica». Si alguien tiene tiempo para leer sólo uno de mis artículos, yo les aconsejaría que leyese éste.

Otro de los motivos por los que cambié y me centré en el procesamiento esquemático del género fue que sentí que mis primeras investigaciones sobre androginia eran demasiado superficiales, que no había conseguido llegar al meollo de la cuestión sobre lo que transforma a los niños y niñas en adultos masculinos y femeninos. Había algo más profundo durante el proceso de lo que me gusta ahora llamar «adquisición de género», y deseaba que mi investigación comenzase a esclarecer algunas de las cuestiones referentes a este punto. Fuese lo que fuese, se daba en los individuos tipificados sexualmente, no en los andróginos, y creí que esto tenía que estar relacionado con el modo con que ellos interpretaban la realidad. Este razonamiento fue, en gran parte, uno de los motivos de este cambio de enfoque.

P.—¿Cuáles son las ventajas del estudio de la masculinidad y feminidad desde la perspectiva cognitiva versus la perspectiva del rasgo?.

R.—El rasgo es estático e implica que realmente hay algo llamado masculinidad y feminidad que es relevante y que puede ser medido en cada persona. El enfoque «cognitivo», tal y como yo lo expreso en mi trabajo, presupone que lo importante es cómo la persona se conceptualiza a sí misma y a las cosas.

P.—Dada la confusión terminológica existente, ¿qué es lo que realmente mide el BSRI: masculinidad y feminidad, identidad de género, autoconcepto de rol sexual, preferencia de rol sexual? ¿Cuál es el significado que atribuyes a estos conceptos? También nos gustaría que nos explicaras, desde un punto de vista personal, y a partir de tu propia reflexión después de tantos años de estudio, ¿cuál sería realmente la verdadera naturaleza de los constructos de masculinidad y/o feminidad: un rasgo de personalidad, un rol, un conjunto de prescripciones de conducta, un estilo de vida, un esquema cognitivo, un autoconcepto, etc.?

R.—Para ser sincera, yo nunca he sido capaz de imaginarme el significa-

do de estos conceptos relacionados con el género, ni tampoco he estado convencida de que estos conceptos tengan algo real o significativo. Para mí, lo que es importante es cómo un individuo conceptualiza la realidad, a través de qué lentes el individuo observa la realidad. Desde esta perspectiva, la masculinidad y la feminidad son únicamente constructos cognitivos que existen en las mentes de los individuos esquemáticos de género y que sirven para organizar sus percepciones de la realidad externa. Ya que los individuos esquemáticos de género miran el mundo a través de lentes coloreadas por el género, el mundo parece estar dividido, para estas personas, en categorías masculinas y femeninas. Pero si la persona lleva otro tipo de lentes el mundo estará dividido en algún otro tipo de categorías.

Esta conceptualización es muy similar a la teoría de los constructos personales de George Kelly. También se ajusta muy bien con lo que el antropólogo Richard Shweder ha llamado la perspectiva «romántica» en la antropología cognitiva. Recientemente he escrito un artículo en el que trato de explicar los fundamentos románticos de mis ideas acerca del género y en donde al mismo tiempo trato de analizar aquellas investigaciones psicológicas que también presentan una base romántica. Este artículo, al que he denominado «Teoría del esquema del género y de la tradición romántica», aparecerá próximamente en la *Review of Personality and Social Psychology* editada por Phil Shaver.

P.—La teoría del esquema cognitivo del género preconiza que los sujetos tipificados sexualmente tienden espontáneamente a codificar y organizar la información a partir de categorías masculinas y femeninas, o sea, procesan la información en términos de género. Sin embargo, a los sujetos andróginos e indiferenciados se les considera como esquemáticos en relación al género. Según los últimos datos obtenidos en tus investigaciones, ¿puedes aclararnos el funcionamiento de los sujetos de género cruzado?

R.—En ciertos contextos, especialmente cuando los estímulos son otras personas, los individuos de género cruzado parecen muy esquemáticos con respecto al género, es decir, parece que prestan mucha atención al sexo de las otras personas. En este sentido, la referencia más relevante es un artículo de Frable y Bem que apareció en el *Journal of Personality and Social Psychology* en 1985.

P.—Dado que los individuos indiferenciados son aquellos que se autoatribuyen características masculinas y femeninas, ¿no podrían ser considerados los verdaderos sujetos esquemáticos?

R.—Naturalmente, otras personas ya me han sugerido lo mismo, digamos, que los sujetos indiferenciados pueden ser incluso más esquemáticos que los andróginos; sin embargo, no hay fundamentos, ni en mi investigación ni en mi teoría, para pensar que los individuos indiferenciados sean más o menos aesquemáticos con respecto al género que los andróginos. Ninguno de estos grupos hacen distinciones entre los ítems masculinos y femeninos pertenecientes al BSRI; en otras palabras, ninguno de estos grupos mira al BSRI a través de unas lentes de género. Tampoco se han observado diferencias en aquellos estudios encaminados a medir la disponibilidad del individuo para imponer a la realidad un sistema de clasificación basado en el género.

P.—En uno de tus artículos has dado algunos ejemplos de cómo poder educar a los niños de una forma no esquemática con respecto al género. En tu vida cotidiana, en la educación de tus hijos, ¿qué cosas tienes en cuenta? ¿Puedes ponernos algunos ejemplos de cómo contrarrestar la diferenciación sexual que impregna nuestra sociedad? ¿Existe algún programa educativo para promover esa sociedad que tu defiendes?

R.—Pienso en muchas cosas mientras intento educar a mis hijos, pero sólo

algunas tienen que ver con el género. Entre otras cosas, por ejemplo, he intentado enseñarles a tener confianza en sí mismos, a ser sensibles a las necesidades de otras personas, y abiertos y con ganas de aprender. En el área del género, que es de lo que en realidad queréis que hable, he tratado primordialmente de hacer hincapié en que el sexo no debería tener implicaciones para el tipo de persona que uno pueda ser. Cuando ellos eran pequeños, y les enseñaba que *a)* ser un niño significa tener un pene y unos testículos, *b)* ser una niña significa tener una vagina y un clítoris, y *c)* si eras niño o niña, hombre o mujer, sólo hay diferencias a la hora de hacer un *baby*. Al hacerse mayores se han dado cuenta que nadie comparte su punto de vista, pero puesto que han asumido que el género no debería tener importancia, ellos tienden a ver a la gente con ideas tradicionales como que no están en el buen camino. Ahora tengo tiempo para explayarme más en esta cuestión, pero hay una discusión de mis ideas acerca de cómo educar a los niños en el Nebraska Symposium al cual me he referido antes.

P.—Quisiéramos saber si todavía estás comprometida con el movimiento de Liberación de la Mujer, y en qué medida esto fluye en tu trabajo.

R.—Sí, todavía estoy relacionada y comprometida con el Movimiento de Liberación de la Mujer. Estoy particularmente interesada en ver más cambios en los roles de los hombres americanos. En tanto en cuanto la mujer continúe responsabilizándose del hogar y de la familia no creo que existan muchas posibilidades de cambio. Por este motivo, estoy especialmente interesada en ver cómo se producen más cambios en los roles del hombre.

P.—Ultimamente no hemos tenido información acerca de lo que estás investigando. ¿Cuáles son tus intereses en la actualidad? ¿Qué trabajo estás desarrollando?

R.—Recientemente he estado pensando, cada vez más, en los niños y en cómo el contexto socio-cultural determina su pensamiento. Tal y como yo lo veo, los niños piensan en el género del modo en que lo hacen, porque su cultura les transmite un montón de metmensajes implícitos acerca de lo que tiene valor, lo que es importante, qué diferencias entre la gente y otras entidades deben ser enfatizadas y cuáles deben ignorarse. Por supuesto, ésta no es una forma nueva de exponer la teoría del esquema del género sino algo que está mucho más de acuerdo con el lenguaje de la tradición romántica.

Precisamente ahora, estoy preparando un artículo en donde arguyo que aunque el análisis cognitivo-comportamental de la adquisición del género de Kohlberg ha tenido una gran influencia, desde su aparición en 1966, este análisis no presta la suficiente atención a los metmensajes de la cultura y por lo tanto ha llegado el momento de que la psicología acepte una nueva visión post-kohlbergiana de la adquisición del género, una visión que debería parecerse mucho a la teoría del esquema del género. También estoy proyectando una investigación acerca de lo que los niños piensan con respecto al género y cómo esta forma de pensar se relaciona con los metmensajes sobre el género que sus familias les habían transmitido.

Publicaciones

- BEM, S. L. «Verbal self-control: The establishment of effective self-instruction». *Journal of Experimental Psychology*, 1967, 74, 485-491.
- BEM, D. J., y BEM, S. L. «Nativism revisited: A review of Eric H. Lenneberg's "Biological Foundations of Language"». *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 1968, 11, 497-501.
- BEM, S. L. «The role of comprehension in children's problem solving». *Developmental Psychology*, 1970, 2, 351-358.
- BEM, S. L., y BEM, D. J. «Case study of a nonconscious ideology: Training the woman to know her place», en D. J. Bem: *Beliefs, Attitudes, and Human Affairs*. Belmont, California: Brooks/Cole, 1970.
- BEM, S. L., y BEM, D. J. «Training the woman to know her place». *Psychology Today*, 1970.
- BEM, S. L. «Psychology looks at sex roles: Where have all the androgynous people gone?» Trabajo presentado en la U.C.L.A. Symposium on Sex Roles, 1972.
- BEM, S. L. «But what can woman become? A review of J. Bardwick's "Readings on the Psychology of Women"». *Contemporary Psychology*, 1973, 18, 450-451.
- BEM, S. L., y BEM, D. J. «Does sex-biased job advertising "aid and abet" sex discrimination?» *Journal of Applied Social Psychology*, 1973, 3, 6-18.
- BEM, S. L. «The measurement of psychological androgyny». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 1974, 42, 155-162.
- BEM, S. L. «Sex role adaptability: One consequence of psychological androgyny». *Journal of Personality and Social Psychology*, 1975, 31, 634-643.
- BEM, S. L. «Androgyny vs. the tight little lives of fluffy women and chesty men». *Psychology Today*, 1975, 9, 58-62.
- BEM, S. L.; MARTYNA, W. y WATSON, C. «Sex typing androgyny: Further explorations of the expressive domain». *Journal of Personality and Social Psychology*, 1976, 34, 1016-1023.
- BEM, S. L., y LENNEY, E. «Sex typing and the avoidance of cross-sex behavior». *Journal of Personality and Social Psychology*, 1976, 33, 48-54.
- BEM, S. L. «On the utility of alternative procedures for assessing psychological androgyny». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 1977, 45, 196-205.
- BEM, S. L. «Psychological androgyny and sexual identity», en P. G. Zimbardo y F. L. Ruch: *Psychology and life*. Glenville, Ill.: Scott Foresman, 1977.
- BEM, S. L. «Beyond androgyny: Some presumptuous prescriptions for a liberated sexual identity», en J. Sherman y F. Denmark (eds.): *The Future of Women: Issues in Psychology*. Nueva York: Psychological Dimensions, 1978.
- BEM, S. L. «The theory and measurement of androgyny: A reply to the Pedhazur-Tetenbaum and Locksley-Colten critiques». *Journal of Personality and Social Psychology*, 1979, 37, 1047-1054.
- BEM, S. L. *Ben Sex Role Inventory Professional Manual*. Palo Alto, Calif.: Consulting Psychologists Press, 1981.
- BEM, S. L. «Gender schema theory: A cognitive account of sex typing». *Psychological Review*, 1981, 88, 354-364.
- BEM, S. L. «The BSRI and gender schema theory: A reply to Spence and Helmreich». *Psychological Review*, 1981, 88, 369-371.
- ANDERSEN, S. M., y BEM, S. L. «Sex typing and androgyny in dyadic interaction: Individual differences in responsiveness to physical attractiveness». *Journal of Personality and Social Psychology*, 1981, 41, 74-86.
- BEM, S. L. «Gender schema theory and self-schema theory compared: A comment on Markus, Crane, Bernstein, and Siladi's "Self-schemas and gender"». *Journal of Personality and Social Psychology*, 1982, 43, 1192-1194.
- BEM, S. L. «The making of images: A psychological perspective», en Carolyn A. Williams (ed.): *Image Making in Nursing*. Kansas City, Missouri: American Nursing Association, 1983, 39-45.
- LEWITTES, H. J., y BEM, S. L. «Training women to be more assertive in mixed-sex task-oriented discussions». *Sex Roles*, 1983, 9, 581-596.
- BEM, S. L. «Gender schema theory and its implications for child development: Raising gender-aschematic children in a gender-schematic society». *Signs: Journal of Women Culture and Society*, 1983, 8, 598-616.
- BEM, S. L. «From biology to feminism: A reply to Morgand and Ayim». *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 1984, 10, 197-199.
- BEM, D. J., y BEM, S. L. «Egalitarian relationships: The sex-role revolution begins at home», en A. B. Grinols (ed.), *Critical thinking: Reading across the curriculum*. Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1984.
- BEM, S. L. «Androgyny and gender schema theory: A conceptual and empirical integration», en T. B. Sonderegger (ed.): *Nebraska Symposium on Motivation 1984: Psychology and Gender*. Lincoln, Neb.: University of Nebraska Press, 1985.
- FRABLE, D. E. S., y BEM, S. L. «If you're gender-schematic, all members of the opposite sex look alike». *Journal of Personality and Social Psychology*, 1985, 49, 459-468.
- BEM, S. L. «Masculinity and femininity exist only in the mind of the perceiver», en J. M. Reinisch, L. Rosenblum, y S. Sanders (eds.): *Masculinity/femininity: Concepts and definitions*. Oxford University Press (en prensa).
- BEM, S. L. «Gender schema theory and the romantic tradition», en P. Shaver y Hendrick (eds.): *Review of personality and social psychology* (en prensa).
- BEM, S. L. «Rethinking children's thinking about gender» (en preparación).